

DON JERÓNIMO MOLINA

Francisco Javier Díez de Revenga
Facultad de Letras. Universidad de Murcia

No fue la Arqueología ni la Etnología, ni siquiera el Magisterio, lo que me llevó a conocer a don Jerónimo Molina hace ya más de veinticinco años. Fueron relaciones de amistad y familiares, y especialmente el haber sido compañero de una de sus hijas lo que, bien pronto, me permitió una relación duradera y constante con don Jerónimo. Ahora, voces amigas de arqueólogos que le quisieron y mucho, y que hoy desean recordarle con un homenaje científico como su figura merece, me piden que sea yo, profesor de literatura, el que presente este homenaje de la Universidad de Murcia, su Universidad. Y me insisten en que sea la persona de don Jerónimo la que deje sentir en mis palabras, por encima de valoraciones de carácter científico, que otros con más títulos que quien escribe estas líneas, están realizando y realizarán en el futuro.

Don Jerónimo era ya en aquellos años sesenta un reputado arqueólogo, con relaciones internacionales que algunos profesores de nuestra Universidad entonces ni sabían que existían. Y esto lo conocíamos los compañeros de sus hijas, y en concreto aquellos estudiantes de la Facultad que admirábamos en María sus conocimientos avanzadísimos de Arqueología, adquiridos en su propia casa y materializados en una tesina que fue la envidia de todos. Por eso, cuando tuve la oportunidad de conocer a don Jerónimo creía que me iba a encontrar con un altivo sabio lleno de erudición, y la sorpresa primera fue hallar a un hombre lleno de entusiasmo por nuestras cosas, viviendo cada día los progresos que cada uno podíamos hacer en nuestras respectivas ciencias y profesiones, y deseando siempre mostrar todo aquel tesoro de sabiduría que él iba acopiando en su Jumilla.

Don Jerónimo —me lo han dicho siempre los jóvenes arqueólogos de entonces— en todo momento estaba dispuesto a dar, a ofrecer, a facilitar, a ayudar. Había, en

aquellos años, entusiasmado a muchos jóvenes estudiantes suyos —que luego seguirían derroteros profesionales muy diversos— por la Arqueología y por la Etnografía, y su mérito estaba en entusiasmar a todos en aquello que él tan bien conocía y amaba, pero amaba con el amor de los grandes hombres con el amor del ofrecimiento, la magnanimidad y el entusiasmo. Este filólogo, con conocimientos muy rudimentarios de Arqueología, se declara admirador de ese entusiasmo y, si algún conocimiento de Arqueología, de Etnografía, de Historia e incluso de Geografía de Jumilla, tiene, a Don Jerónimo se lo debe.

Quiero recordarle, finalmente, donde yo más le traté. En su campo. Rodeado de todo lo que más quería. En primer lugar, su familia, nutrida de afectos y bondades y de afán por estudiar y por ser buenas profesionales, heredado por las hijas y demostrado con tanta constancia a lo largo del tiempo. Y junto a esta familia, el mundo de la agricultura, el mundo de la artesanía y, sobre todo, la tierra de Jumilla, salpicada por los yacimientos arqueológicos, que con tanto esfuerzo y constancia ordenó y catalogó. Y, finalmente, sus amigos: los suyos, surgidos en el cultivo de las variadas ciencias que frecuentó, y los de sus hijas y yernos, que nos beneficiábamos del valor añadido de su palabra, de su afecto y de sus habilidades.

La Universidad de Murcia, como en vida hicieron otras instituciones de la región y de Jumilla, dedica ahora este homenaje organizado por nuestros arqueólogos, mostrando en cada uno de los estudios a él dedicados, la gratitud y el aprecio personal y científico que Jerónimo Molina García supo merecer en su dedicación y en su trabajo profesional. Un gesto que honra a quienes lo han decidido y a nuestra Universidad, sensible una vez más ante empresas que valoran y resaltan ciencia, virtud y abnegación.